

Imágenes de la masculinidad. El fútbol español en los años veinte

Jorge Uría

Universidad de Oviedo

Resumen: Durante los años de entreguerras y a raíz de la Primera Guerra Mundial se producen importantes cambios de imagen que afectan tanto a los hombres como a las mujeres, lo que reforzó y cuestionó estereotipos de virilidad. El deporte pasa a primer término en la articulación de la masculinidad, que se transmite en España mediante la profesionalización, en especial del fútbol como espectáculo de masas. El cuerpo del deportista es emblema de una gigantesca metáfora —la del deporte— que representa ambiciones políticas y frustraciones sociales y económicas. A la vez que se empieza a recomendar el ejercicio físico para la mujer, con el objetivo del robustecimiento de la raza, se reconocen las virtudes castrenses del fútbol, ya que al decir de un autor, «el deporte es la guerra del tiempo de paz».

Palabras clave: entreguerras, deporte, masculinidad, fútbol.

Abstract: During the interwar years and as a consequence of the First World War there arise important changes in the image both of men and women, reinforcing and questioning stereotypes of virility. Sports are front and center in the articulation of masculinity, which is transmitted in Spain at a national level particularly through the professionalization of football as a mass spectacle. The athlete's body is the emblem of an overarching metaphor —that of sports— which represents political ambitions and social and economic frustrations. At the same time that physical exercise is now recommended to women for the purpose of strengthening the race, there is a recognition of the military virtues of football, because as one author says, «sports are war in peacetime».

Key words: interwar years, sports, masculinity, football.

La Primera Guerra Mundial supone notables transformaciones en la asignación tradicional de los roles de género. El desplazamiento masivo de los varones al frente y la necesidad de ocupar el vacío dejado en la estructura laboral impusieron inmediatamente la feminización de las plantillas y, en general, el ascenso y la visibilidad de categorías sociales cuyo género, etnicidad o segregación colonial habían obstaculizado hasta entonces su integración y reconocimiento social¹.

El estatus patriarcal, en consecuencia, se vio amenazado allí donde hasta entonces apenas se había cuestionado su posición dominante. Incluso en España, donde era menor el desarrollo socioeconómico de la década de 1920 y mayor el peso del conservadurismo católico, fueron perceptibles los avances femeninos en el terreno laboral o sindical, en los derechos ciudadanos —aunque fuese a través de un teórico voto municipal tan limitado como el de la Dictadura—, en el acceso a unos mayores equipamientos domésticos —lo que facilitaba el trabajo en el hogar liberando tiempo para otras tareas—, e incluso en su propia movilidad física, con modas que acortaban la falda e implantaban hechuras más sueltas y ligeras; y que daban mayor libertad a los cuerpos desembarazándolos de prendas como el corsé, arrinconado definitivamente desde los años del conflicto². Fueron estos progresos femeninos, por tanto, los que forzaron a los varones a reconstituir unos roles sociales cuya tradicional hegemonía quedaba ahora, aparentemente al menos, en entredicho.

La investigación ha avanzado en los últimos años de manera firme, ciertamente, en cuanto a los cambios en las imágenes, el estatus y las funciones de la masculinidad; pero aún queda terreno por cubrir en lo que se refiere a las peculiaridades y a las manifestaciones que presenta este proceso en España, y en concreto en la fase cronológica —crucial— que aquí se considera. Este artículo se propone, en este sentido, examinar primeramente los cambios generales que sufren los

¹ Este trabajo se inscribe en el proyecto «Sociología, ciencias sociales e historiografía del fútbol español», desarrollado en el CREC-Sorbonne Nouvelle, y ha recibido para su realización una ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia.

² Véanse THÉBAUD, F.: «La primera Guerra Mundial: ¿la era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?», en DUBY, G., y PERROT, M. (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente*, t. V, Madrid, Taurus, 1993, pp. 31-33 y 76-78; NIELFA, G.: «La regulación del trabajo femenino. Estado y sindicatos», en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 333 y 345; AGUADO, A., y RAMOS, M.^a D.: *La modernización de España (1917-1939). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2002, p. 133.

arquetipos de la masculinidad en esta fase, así como introducirse en algunas de sus manifestaciones. En segundo lugar, considera las principales explicaciones proporcionadas desde las ciencias sociales del formidable éxito del deporte en la sociedad occidental antes de la Segunda Guerra Mundial —hasta convertirse en uno de los fenómenos de masas más notables de la época— y los nexos que se establecieron inmediatamente entre la práctica deportiva y unos arquetipos viriles en rápida transformación en aquellos años. En tercer lugar, las páginas que siguen intentan, a la luz de las consideraciones anteriores, una relectura de algunas muestras de periodismo, publicidad o literatura deportiva de esta época que ilustran los cambios en la imagen de la masculinidad en España a través de un deporte que, como el fútbol, ya era en estos años la mayor de las infraestructuras de ocio mercantilizado de España. Un último bloque, en fin, añade detalles acerca de una de las más reiteradas y manidas imágenes de la masculinidad deportiva de la época: la de la visión del sexo y de la violencia como atributos inequívocamente asociados al deporte viril por antonomasia, el fútbol³.

Los cambios en el arquetipo contemporáneo de la masculinidad. La rectificación del periodo de entreguerras

La presencia de unas imágenes de masculinidad exultante y agresiva, definida por la voluntad de poder, el honor o el coraje, cuenta con antecedentes muy anteriores al periodo de la guerra mundial. El ideal masculino propiamente contemporáneo, hasta encarnarse en una *virilidad* objetivada que fija las esencias de lo masculino, puede rastrearse en todo caso ya en el siglo XVIII, aunque haya sido la Revo-

³ La noción de «imagen» que aquí se utiliza, obviamente, no se limita a la simple iconicidad gráfica, sino que prefiere optar por una definición semiótica y, en concreto, vinculada al análisis retórico propuesto por Barthes. En este sentido, y dentro de los procedimientos generales de la retórica —en tanto que sistema articulado de construcción argumental—, la *imago* —en latín imagen tanto como representación— sería una figura o sujeto ejemplar, el que proporciona el arquetipo o imagen a seguir de tal o cual cualidad excelente. Los deportistas, con sus nombres y apellidos, fueron a menudo en los años veinte «imágenes» perfectas de toda una serie de virtudes y cualidades sociales en ascenso, puestas de relieve por la discusión sociológica, tal y como se verá más adelante; BARTHES, R.: *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*, Barcelona, Buenos Aires, 1982, pp. 40-48.

lución francesa quien lo despliegue de modo más claro. Es ahora cuando se definen sus características principales y sus contramodelos —la homosexualidad se perfila más rotundamente—, hasta cristalizar en un estereotipo que pasa por la reafirmación del cuerpo masculino, la exaltación de la guerra, el endurecimiento del carácter o la defensa del honor como piedra de toque en la escenificación de lo masculino. La *virilidad* se afirma en contraposición a la visibilidad de la mujer y los retos que plantea al estatus patriarcal, depurándose progresivamente según como esa amenaza se haga más explícita. La Revolución francesa y el Imperio, el final de siglo y la Primera Guerra Mundial, o desde luego los años 1920, fueron, en este sentido, etapas en las que la virilidad y sus imágenes se reforzaron frente a sus contramodelos de lo femenino, la homosexualidad o, incluso, la androginia en tanto que negación de un sexo o un género precisos⁴.

El ideal masculino, reforzado a lo largo del siglo XIX, vive así en la transición intersecular y en los aledaños de la Gran Guerra un importante asalto a sus posiciones. Entre 1870 y la guerra se crispa la oposición entre los ideales de masculinidad y sus imágenes invertidas o rivales. Las mujeres intentan romper su encierro doméstico y aspiran a la normalización política y ciudadana, pero también los hombres afeminados y las mujeres *masculinas* se muestran públicamente con osadía y con la complicidad de las vanguardias literarias y artísticas. Se expande, en consecuencia, la suspicacia; el miedo al despoblamiento o a la *degeneración* de la raza —agudizado en los países latinos tras el mazazo a Francia de Sedán, o los traumáticos fines de siglo en España o Portugal—; mientras se inquieta Alemania ante su marginación del reparto colonial, que se juzga cada vez más incompatible con las virtudes varoniles de su pueblo. En todos estos casos la regeneración nacional pasa por la corrección radical de la corrupción del hom-

⁴ Coincidiendo con la fase revolucionaria, las representaciones masculinas viven la tensión de la amenaza. El cuerpo masculino aparece en la iconografía artística con atributos cada vez más agresivos de una fuerza pletórica, al tiempo que todo un conjunto de cuerpos feminizados, despojados a menudo visualmente de su genitalidad —o reduciéndola incluso en su tamaño—, proporciona el contramodelo necesario para afirmar la exultancia de las esencias masculinas. RAUCH, A.: *Le premier sexe. Mutations et crise de l'identité masculine*, París, Hachette, 2000, pp. 47-84; MOSSE, G. L.: *L'image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, París, Abbeville, 1997, pp. 72 y 81. Un excelente estudio de las representaciones masculinas durante el período revolucionario en SOLOMON-GODEAU, A.: *Male Trouble. A Crisis in Representation*, Londres, Thames & Hudson, 1997.

bre ideal y virtuoso, base de la sociedad saludable, y contrapuesto al hombre enfermo, disoluto y decadente a quien se responsabiliza de los males de la patria. Una nueva ola de *medicalización* de la homosexualidad la tipifica de desviación patológica, al tiempo que se preconiza el aislamiento del hombre célibe, entendido como una anomalía, y la defensa cerrada de la familia nuclear, prolífica, vigilada en el ámbito doméstico por la mujer, y férreamente conducida por la autoridad patriarcal. En plena época de encumbramiento de la homosexualidad en la alta sociedad parisina, o de proliferación de locales específicos para los homosexuales en Alemania —Berlín tiene unos veinte en 1904 y casi cuarenta en 1914—, los cánones de la virilidad se endurecen. El Movimiento de la Juventud Alemana (1901) defiende ideales de sobriedad y abstinencia sexual y los patrones griegos del joven héroe de cabellos rubios, que difunde un nuevo culto a la voluntad, la energía y la resolución. Su apuesta, en realidad, se secunda en muchos otros lugares de Europa, donde el cuidado gimnástico de los cuerpos viriles procura la regeneración de la belleza y las cualidades de la nación⁵.

Cuando se reactiven las amenazas al estereotipo masculino en la Gran Guerra, la respuesta se manifestará en varios registros. Se glorifica, por ejemplo, todo lo bélico encarnado en el soldado, a la vez que su práctica de masculinidad violenta. La movilización patriótica y la exaltación de los cuerpos viriles se acomoda incluso en el socialismo, presionado por la disciplina de partido, o el empeño de propagar una imagen obrera saludable y pletórica de fuerza, opuesta a las visiones que se complacen en su degradación —no pocas veces producto de sus vicios— y su reclusión en la oscuridad, la suciedad o el desorden. La búsqueda de la dignidad frente al ideal del *sportsman* acabó reforzando la necesidad en las filas socialistas de un cuerpo cultivado, atlético y gimnástico. Después de 1917 la revolución soviética recogería esta herencia, como es sabido, para amplificarla, poblando de representaciones heroicas y musculadas el nuevo arte de la revolución, henchido muy pronto de virilidad y de fuerza⁶.

El culto a las virtudes y al cuerpo masculinos sobresalió, como es sabido, en los fascismos, recogiendo las herencias del Movimiento de la Juventud alemán, el futurismo o la tradición irracionalista y volun-

⁵ MOSSE, G. L.: *L'image de l'homme...*, op. cit., pp. 85-92 y 103-109.

⁶ *Ibid.*, pp. 113 y 126.

tarista de Gentile o Nietzsche. Aunque la retórica de la virilidad fascista no era realmente nueva, su valor simbólico y el énfasis y el lugar que ocupaban ahora en la lucha política añadían matices nuevos en su desarrollo. La idea de un *hombre nuevo* había sido compartida por muchos intelectuales desde principios de siglo; y la exaltación de las virtudes del «superhombre» nietzscheano, las observaciones de Otto Weininger en *Sexo y Carácter*, en 1903, o las de Giovanni Papini en *Maschilità*, en 1915, eran buena muestra del énfasis otorgado al papel renovador, con ribetes de ofensiva y de vanguardia, atribuido a los nuevos ideales de virilidad. La mística de un renacimiento nacional tras las humillaciones de la guerra, apoyada en la fuerza, la energía pasional y la violencia viriles, había prendido con particular fuerza en Italia, pero estaba presente también en otros países. El porvenir de los *verdaderos* hombres es ahora, cada vez más obsesivamente, el de los caracteres vigorosos, enérgicos y fieros, frente a lo delicado y amable de los *femeninos*. El fascismo italiano rodea así su propaganda de cuerpos jóvenes con brío atlético, de imágenes sexuales o directamente fálicas, de símbolos de poder uniformado y de equiparaciones entre la exultación nacional y las proezas masculinas en el sexo y los deportes. Por otra parte, los fascismos en general, incluido el nazismo, han sido caracterizados por unos estilos políticos y organizativos en los que entran a partes iguales la exaltación de la violencia, la extrema insistencia en el principio y la dominación masculinos, o el encumbramiento de la juventud; puntos todos ellos que se plasman en una densa estructura simbólica⁷.

La emblemología fascista no era sino una más entre las múltiples plasmaciones de los nuevos discursos sobre la masculinidad en la década de 1920. Baste recordar ahora que esta ofensiva de las nuevas retóricas de la virilidad se plasma en una literatura científica que estigmatiza la homosexualidad, el incesto o el onanismo —que desperdician o degradan las energías reproductoras—, en una creación literaria o artística que exalta al varón moderno y, en general, refuer-

⁷ TANNENBAUM, E. R.: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, 1975, pp. 295-286; PAYNE, S. G.: *Historia del Fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 566-568; MOSSE, G. L.: *L'image de l'homme...*, *op. cit.*, pp. 159-165. De todos modos, la estigmatización de la homosexualidad en el ámbito soviético se afirmará sobre todo con el estalinismo; véase LAURITSEN, J., y THORSTAD, D.: *Los primeros movimientos a favor de los derechos de los homosexuales, 1864-1935*, Barcelona, Tusquets, 1977, pp. 120-135.

za sus estereotipos simbólicos, o de modo más directo desde el discurso objetivo y científico de los procedimientos eugénicos. Se trataba, pues, de escindir un sexo del otro para preservar su valor diferencial y garantizar así una reproducción *sana* de acuerdo con los imperativos de la nación⁸.

España no escapa a este proceso general. Desde principios de siglo, pero especialmente desde los años en torno a la Gran Guerra, una nueva ofensiva pedagógica proscribía los viejos métodos del secretismo acerca de los cuerpos, el silencio ante la atracción sexual o la reclusión de la mujer en la ignorancia para preservar su pudor. Se difundió la educación sexual por métodos variados —desde la novela erótica hasta el manual asequible de educación sexual— intentando sustituir la represión simple por una socialización de la sexualidad más amigable y comprensiva desde el ámbito de la familia, con el apoyo de médicos, pedagogos o incluso sacerdotes. En su búsqueda de la recta virilidad, los tratadistas estigmatizan las desviaciones o monstruosidades, abocadas a transformarse en marginalidad o delincuencia, tal y como sucede en la obra de criminólogos como Bernaldo de Quirós⁹.

La imagen positiva de lo masculino se acompaña de su contraimagen femenina. Una nueva literatura antifeminista abandona ahora los argumentos teológicos o morales de la subordinación, para reforzarse con bases científico-médicas. Las teorías de Freud sobre la histeria femenina, difundidas en España desde los años de la guerra europea, se añaden ahora al fondo de teorías degeneracionistas o lombrosianas o a las disciplinas endocrinológicas. El eugenismo, por otra parte, fundamenta científicamente una sexualidad femenina al servicio de la producción de cualidades sobresalientes de una raza; y Marañón, en los años veinte, justifica el destino natural de las mujeres apoyándose en doctrinas eugénicas y endocrinológicas, argumentando el carácter *catabólico* del hombre, orientado al derroche energético y a la resis-

⁸ FOUCAULT, M.: *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976, pp. 152-169.

⁹ VÁZQUEZ GARCÍA, F., y MORENO MENGÍBAR, A.: «Genealogía de la educación sexual en España, de la pedagogía ilustrada a la crisis del Estado del Bienestar», *Revista de Educación*, 309 (1996), pp. 80-81. BERNALDO DE QUIRÓS, C., y LLAMAS ÁGUILA-NIEDO, J. M.^a: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998 (1.^a ed. 1901), pp. 247-286.

tencia y la lucha exterior, y el *anabólico* de la mujer, concentrado en una reserva y contención capaz de preservar sus energías para la procreación; lo que apuntala una educación sexual marcadamente dicotómica y reforzadora de masculinidades y feminidades cada vez más escindidas y divergentes¹⁰.

El contramodelo del homosexual o *invertido* se hace además más visible. Dos años antes del estallido bélico, una obra como la de Max-Bembo, excepcionalmente minuciosa en sus descripciones de *La mala vida en Barcelona*, retrata una homosexualidad patente en la vida cotidiana, adaptada a múltiples escenarios de la vida social y del ocio de la ciudad, y cuya normalidad aparente se aleja de la visión estereotipada, identificable y fácilmente segregable del sarasa afeminado. El homosexual, por otra parte, era ya una presencia habitual tanto en el dandismo modernista de los círculos literarios cuanto, ya en los años veinte, entre las vanguardias, la bohemia y las tertulias artísticas madrileñas¹¹.

En los años veinte, incluso, se pondría en solfa uno de los más acrisolados mitos del activismo sexual masculino: el Don Juan. Y sería otra vez Marañón quien lo interpretase como un ejemplo de culto patológico al sexo, ajeno a la calidad eugénica, torcidamente obsesionado por una virilidad aparente y cuantitativa y alejado de sus destinos biológicos en la familia. El donjuanismo literario, en todo caso, siguió gozando de una razonable salud, al igual que una amplia galería de personajes literarios femeninos que, de poder romper los moldes de su inocencia, ignorancia o castidad, acababan con finales aleccionadoramente deshonorosos; la iconografía artística, por otra parte, seguía sancionando con sus imágenes una figura femenina frecuentemente indefensa, atada, desmayada, a merced de la voluntad masculina o en disposición de acatamiento en las innumerables escenas de serrallos o

¹⁰ CLEMINSON, R. M.: *Anarchism, Science and Sex. Eugenics in Eastern Spain, 1900-1937*, Oxford, Peter Lang Pub. Inc., 2000, pp. 81-96; del mismo autor, «Spain: the political and social context of sex reform in the late nineteenth and early twentieth centuries», en EDER, F. X.; HALL, L., y HEKMA, C. (eds.): *Sexual Cultures in Europe: National Histories*, Manchester, Manchester University Press, 1999, pp. 183-185. VÁZQUEZ, F., y MORENO MENGÍVAR, A.: *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*, Madrid, Akal, 1997, pp. 413 y 418-421.

¹¹ MAX-BEMBO: *La mala vida en Barcelona. Anormalidad, miseria y vicio*, Barcelona, Maucci, 1912; MIRA, A.: «Modernistas, dandis y pederastas: articulaciones de la homosexualidad en “la edad de plata”», *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 1 (2001), pp. 63-75.

poses de abnegación sacrificial. En los márgenes de la legalidad la literatura galante o directamente pornográfica retrataba, a su vez, a una mujer pasiva frente a una masculinidad plétórica en sus capacidades sexuales, activa hasta la proeza y exultante en su virilidad¹².

Deporte, ciencias sociales y masculinidad

La nueva masculinidad encontró en el deporte una excelente propaganda, dada su creciente capacidad de difusión e impacto social. Nada había en ello de particular; el cuerpo había ido convirtiéndose en uno de los emblemas más visibles de la masculinidad y constituía, entre otras cosas, un conjunto perfectamente estructurado de disciplinas capaces de curtirlo y moldearlo. El desarrollo deportivo se aceleró en el último cuarto del siglo XIX; en Barcelona, Madrid, Valencia o Bilbao creció un entramado asociativo específicamente orientado al deporte, institucionalizándose su práctica con reglamentos, federaciones o sistemas de competición nacionales. Los gimnasios privados, frontones o espectáculos hípicas en estas ciudades fueron la base desde la que arrancaron unas sociedades que superaban los ambientes restrictivos de los clubes gimnásticos, de las asociaciones excursionistas o de los clubes recreativos minoritarios y exclusivos con su correspondiente sección deportiva. Aparecieron las primeras federaciones; la Velocipédica (1895) y las de Tiro y Vela (ambas en 1900) o Tenis (1909) llegaron en primer lugar. Los deportes más populares y accesibles permanecieron, en cambio, alojados en las sociedades gimnásticas, y el boxeo, el atletismo, el fútbol o la natación tardaron algo más en institucionalizarse organizativamente; la Federación Española de Fútbol, de hecho, no se funda hasta 1910. En los años de la Gran Guerra, en todo caso, el deporte, y especialmente el ciclismo o el fútbol, era ya una realidad que atraía a multitudes en toda España¹³.

¹² WRIGHT, S.: «Gregorio Marañón and “The Cult of Sex”: Effeminacy and Intersexuality in “The Psychopathology of Don Juan” (1924)», *Bulletin of Spanish Studies*, 6 (2004), pp. 731-738; RÍOS LLORET, R.: «Obedientes y sumisas. Sexualidad femenina en el imaginario masculino de la España de la Restauración», *Ayer*, 63 (2006), pp. 187-209; GUERENA, J. L.: «De l’obscène et de la pornographie comme objets d’études», *Cahiers d’Histoire Culturelle*, 5 (1999), pp. 19-32.

¹³ PUJADAS, X., y SANTACANA, C.: «La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del Fútbol, 1900-1928», *Historia Social*, 41 (2001), pp. 147-168; RIVE-

Las causas de su éxito eran idénticas a las que saludaron su arraigo en todas las sociedades industrializadas, aun cuando sobre su naturaleza exacta difieran notablemente los distintos enfoques que caracterizan la sociología del deporte. Algunas corrientes interpretativas, ciertamente, han sido críticas con las ideologías que lo presentan como un mundo de igualdad y fraternidad sospechosamente aislado de las discriminaciones sociales o de la influencia corruptora de la política o del dinero. La sociología crítica de Bourdieu sobre el cuerpo y el deporte, la crítica marxista a este respecto o plataformas radicales como la del grupo de la revista *Partisans* constituyen buenos ejemplos de cómo puede cuestionarse todo este mundo de convenciones positivas de lo deportivo. Lo que es evidente, en cualquiera de los casos, es que el deporte ha pasado a ser, debido a sus íntimas conexiones con la sociedad industrial, una gigantesca metáfora de sus valores a la vez que una eficaz maquinaria de reproducción de sus principios. La especialización y división del trabajo, la racionalización y el uso masivo de la ciencia y la tecnología; la burocratización, el empleo de la información y el hábil uso de las industrias de la comunicación; el encumbramiento de la competitividad y la lucha por el *récord*, en fin, son características tanto del deporte cuanto de la misma sociedad industrial que lo convierten en un «fenómeno cultural total» en la medida que sabe resumir otras pautas culturales de la actividad social. La sociedad en su conjunto, de este modo, acabaría estructurándose también como una «sociedad deportivizada»¹⁴.

RO HERRAIZ, A.: *Deporte y modernización. La actividad física como elemento de transformación social y cultural en España, 1910-1936*, Madrid, Dirección General de Deportes, 2003, pp. 77-97.

¹⁴ ARMOUR, K.; JONES, R., y KERRY, D.: «Sport sociology 2000», *Sociology of Sport Online*, vol. 1, 1 (1998) [revista en línea] Disponible desde Internet en: <http://physed.otago.ac.nz/sosol/v1i1/v1i1a7.htm> [último acceso el 8 de enero de 2005]. BARBERO GONZÁLEZ, J. I.: «Introducción», en BROHM, J.-M., et al: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, 1993, pp. 9-10. La conceptualización del deporte como «fenómeno cultural total» y el uso de la noción de «sociedad deportivizada» en GARCÍA FERRANDO, M.; PUIG BARATA, N., y LAGARDERA OTERO, F. (comps.): *Sociología del deporte*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 16-20. DUNNIG, E.: «Sociology of Sport in the Balance: Critical Reflections on Some Recent and More Enduring Trends», ponencia presentada en el Annual Meeting of the North American Society for the Sociology of Sport (Las Vegas, 1998) y la 28th Annual Conference of the Social History Society (Leicester, 2003); disponible desde Internet en <http://www.chester.ac.uk/ccrss/pdf/Ed%20Sport%in%20the%Balance.pdf> [último acceso el 9 de enero de 2005].

Sea como fuere, algunos enfoques estructural-funcionalistas han tendido a acentuar el papel del fútbol como ejemplo edificante de la organización social, a cuyo equilibrio contribuye por sus funciones integradoras. Los efectos positivos del deporte se subrayarían, de hecho, por varias vías: por sus beneficios sobre la salud —antes de la Gran Guerra ya se asociaba su ejercicio con la mejora del volumen torácico, de la circulación sanguínea o la respiración— o por su papel, por ejemplo, como aliviadero de las tensiones sociales al reconducir unas energías que, de otro modo, se dirigirían hacia la violencia política, la sexualidad sin freno o la agresividad incontrolada¹⁵.

En otro extremo bien distinto se situarán desde los años de 1960 las perspectivas conflictuales y las vertientes del pensamiento crítico¹⁶. Fortalecidas con el descubrimiento de los escritos más tempranos y flexibles de Marx, o con la lectura de este autor hecha por una Escuela de Frankfurt donde Adorno o Marcuse avanzaron las ideas de la manipulación de las conciencias por el poder, o la importancia del cuerpo y sus atributos en la visualización de los procesos de alienación, estas líneas dieron lugar pronto a análisis del deporte como los de Bero Rigauer, Garhard Vinnai o Jean-Marie Brohm. El neomarxismo de

¹⁵ Un buen resumen de las tesis sobre las funciones de aliviadero psicológico del deporte, así como de los programas deportivos en barrios y los efectos de los «deportes de calle», de acuerdo con trabajos de la sociología francesa como los de Pascal Duret y Muriel Augustini, en DEFRANCE, J.: *Sociologie du sport*, París, La Découverte, 1994, pp. 69-76. Los enfoques grupales, de organización y tecnológicos en CORNELOUP, J.: *Les théories sociologiques de la pratique sportive*, París, Broché, 2002, pp. 92-98. Véase también Georges Vigarello, autor de una obra prolífica y muy atenta a las vertientes históricas del deporte, del cuerpo como objeto de estudio o de la educación física; cfr. VIGARELLO, G., y METOUDI, M.: *Science et sport*, París, Vigot, 1979 y VIGARELLO, G.: *Techniques d'hier et d'aujourd'hui: Une histoire culturelle du sport*, París, Robert Laffont, 1988.

¹⁶ Las bases de este nuevo talante se encuentran, desde luego, en la influencia sociológica de Marx y la lectura heterodoxa de sus bases efectuada desde plataformas como el círculo de Frankfurt; en corpus sociológicos críticos como las versiones semiológicas de Baudrillard, prefiguradoras de los desarrollos de la sociología posmoderna; en teorías conflictuales como la de Dahrendorf, con su hincapié en nociones de la clase no tanto ligadas a la posesión o desposesión de los medios de producción cuanto a la adscripción a distintos patrones de autoridad, o la de Jean-Pierre Pages, que transforma el conflicto en un mecanismo corrector y benefactor de la regulación social y de la buena marcha de la democracia; en la importante huella de la sociología crítica francesa de autores como Bourdieu o Touraine, más distante este último que el anterior de la impronta estructural o determinista; y por supuesto en las múltiples sugerencias contenidas en la obra de Foucault.

estos autores supuso, en todo caso, un reforzamiento de la crítica al deporte y sus nexos con el capitalismo, que lo usaría como un mecanismo de alienación y reproducción en el plano simbólico de las condiciones de explotación burguesa. Ahora bien, mientras que, hasta la década de 1950, la crítica marxista había subrayado, en general, el militarismo o imperialismo de los deportes en espacios como el de la Alemania Occidental, por ejemplo, o se había criticado el racismo o autoritarismo de las competiciones por parte de sociólogos americanos radicales, posteriormente los neomarxistas no se limitaron solamente a denunciar los abusos del deporte institucionalizado, sino que cuestionaron la institución deportiva en sí misma en un estilo, además, que en casos como el de Brohm se hacía polémico e iconoclasta¹⁷.

Las posiciones marxistas serían contestadas, en todo caso, por la crítica weberiana de autores como Allen Guttman, que vincularía el desarrollo deportivo al paso de la sociedad tradicional a una plenamente moderna donde no sólo la clase social, sino también el estatus adquirido tendrían un papel sobresaliente, hasta desembocar en un modelo deportivo que como el de la sociedad moderna reproduciría las características weberianas de secularismo, igualdad, racionalización u organización burocrática, entre otras. La más influyente de las impugnaciones a la crítica marxista, con todo, sería como es sabido la sostenida por el figuracionismo de Norbert Elias, que explicaba la buena fortuna del deporte a partir de sus conocidas tesis sobre el «proceso de civilización» propio de las sociedades industrializadas; lo que implicaba una regulación de la violencia inherente al desarrollo socioeconómico capitalista mediante su estilización reglamentada en el deporte; garantizándose así una dramatización inocua y civilizada de las tensiones sociales, expulsando hacia la esfera del ocio los impulsos libidinosos, violentos y emocionales espontáneos y, sobre todo, descargando de violencia el ejercicio social cotidiano¹⁸. En los

¹⁷ GUTTMANN, A.: *From ritual to Record. The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press, 1978, pp. 64-69.

¹⁸ RIGAUER, B.: *Sport and Work*, Nueva York, Columbia University Press, 1981. Una exposición de las tesis de Rigauer en DUNNING, E.: *El fenómeno deportivo. Estudios sociológicos en torno al deporte, la violencia y la civilización*, Barcelona, Paidotribo, 2003, pp. 129-130. Un análisis más detallado de la obra de Brohm en CORNELOUP, J.: *Les Théories...*, *op. cit.*, pp. 151-56, o directamente en BROHM, J.-M.: «20 Tesis sobre el deporte», en BROHM, J.-M., *et al.*: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, 1993. GUTTMANN, A.: *From Ritual...*, *op. cit.*, pp. 69-80. Véase también el excelente resumen de las tesis figuracionistas de Elias hecho por él mismo en «Intro-

últimos tiempos, además, las perspectivas sociológicas de Bourdieu y de Foucault, además de las ópticas simbólicas de la antropología, han conseguido aportar interesantes ingredientes a las interpretaciones más o menos clásicas y asentadas del fenómeno deportivo¹⁹.

Son varias, pues, las perspectivas que contribuyen a iluminar la densidad de significados del deporte, y en consecuencia la multiplicidad de razones que operaban en su vertiginoso ascenso en la sociedad de los años veinte. En las *dramatizaciones* deportivas se transparentan los conflictos cotidianos, la violencia de las relaciones sociales, las disidencias nacionales o las pugnas entre las identidades locales. El fútbol supo captar inmediatamente estas posibilidades, dado que podía desarrollarlas con ventaja en relación con otros deportes. Pocos de ellos estilizaban de modo tan perfecto los dramas cotidianos de la sociedad industrial civilizada; además, y a diferencia de otros deportes que le eran coetáneos, jugaba a su favor la simplicidad extrema de sus reglas —a considerable distancia de los reglamentos del rugby—, lo asequible de sus equipamientos individuales —tan sólo una simple camiseta y un calzón— o lo accesible de sus instalaciones —un campo abierto de hierba o de tierra, las playas en la bajamar...—. El fútbol pudo expandirse así entre las clases populares y no sólo entre los grupos intermedios o los altos, como a menudo había sucedido con anterioridad. Era, de hecho, el candidato perfecto para convertirse en un verdadero deporte *de masas*.

ducción», en ELÍAS, N., y DUNNING, E.: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE, 1992, pp. 56-57.

¹⁹ Bourdieu ha subrayado así la importancia de los *habitus* de clase y los estilos diferenciados de vida en la producción y reproducción del deporte, además de una visión del deporte como imagen del conflicto social; Foucault, con su empeño en subrayar la ubicuidad del poder y el papel del Estado en las políticas deportivas, ha realimentado una interesante historiografía francesa de las políticas del deporte; en fin, la mirada antropológica sobre el deporte ha mostrado, por ejemplo, los vínculos entre las escenificaciones religiosas y los deportes de masas, o sus parentescos con la organización y la escenografía tribal en tesis tan clásicas en este sentido como las de Desmond Morris. BOURDIEU, P.: «Deporte y clase social», en BROHM, J.-M., et al.: *Materiales de sociología...*, op. cit., pp. 57-82; FOUCAULT, M.: *Histoire de la sexualité...*, op. cit., p. 51; un esbozo de desarrollo histórico del deporte, de inspiración foucaultiana, en BARBERO, J. I.: op. cit., en BROHM, J.-M., et al.: *Materiales...*, op. cit., pp. 11-24, o DE LA VEGA, E.: «La función política del deporte. Notas para una genealogía», *Lecturas: Educación Física y Deportes*, 17 (1999) [revista en línea] [último acceso el 1 de marzo de 2005]. MORRIS, D.: *El deporte rey*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

Pero además, y eso es lo que importa ahora, el deporte en la sociedad de entreguerras resultó ser una cuestión nada adjetiva para la masculinidad. El cuerpo esculpido de los deportistas estaba haciéndose el emblema de una gigantesca metáfora —la del deporte—, que representaba a la perfección tanto las ambiciones políticas cuanto las principales frustraciones sociales o económicas de aquella fase histórica. De hecho, la percepción del cuerpo por los propios deportistas aparece a menudo lastrada por una masculinidad amenazada en sus estereotipos más convencionales dentro de las sociedades de capitalismo avanzado²⁰. Los deportistas, además, aprenderán a vivir una relación instrumental y conflictiva con su propio cuerpo y con el tiempo: acabarán percibiéndolo como un ente autónomo, capaz tan pronto de alcanzar marcas prodigiosas como de traicionarlos; las lesiones, dolores y heridas que empezarán a sufrir con el gradual endurecimiento del deporte —perceptibles ya en los años veinte— les dejarán en su retiro un cuerpo maltratado y seriamente dañado. El hincha de la tribuna aprenderá también a compartir en cierto modo las actitudes que sostiene el deportista con su cuerpo aunque, a la vez, desarrolla formas específicas en este terreno. Sus rituales deportivos en las gradas implican, por así decirlo, una cultura del esfuerzo y del aguante: las tribunas no se cubrieron hasta tiempos recientes, padeciendo los hinchas las mismas inclemencias que maltrataban a sus héroes deportivos, y soportando a pie firme la duración completa del encuentro pese a disponerse a partir de cierto momento de asientos. En las tribunas, además, el individuo se disuelve en un contacto corporal con sus iguales de una intensidad desconocida en circunstancias normales de la vida y ocupa comunitariamente el espacio de las gradas, desafiando así a sus rivales en la posesión simbólica del campo de juego²¹.

Resulta muy difícil ignorar, por otra parte, el papel del deporte en la construcción social de la masculinidad, en su aprendizaje y defini-

²⁰ En los años ochenta, por ejemplo, en los Estados Unidos, ese estándar ideal del varón blanco, urbano, heterosexual y de clase media o alta, se vería cada vez más amenazado por la presencia pública de los inmigrantes, las mujeres, los obreros o la visibilidad del movimiento gay; lo que provocará un endurecimiento del estereotipo tradicional en el ámbito deportivo.

²¹ GIL, G. J.: «El cuerpo popular en los rituales deportivos», *Lecturas. Educación física y deportes*, 10 (1998) [con acceso el 2 de marzo de 2005]. CORNELOUP, J.: *Les théories sociologiques...*, op. cit., pp. 189-198; DEFRANCE, J.: *Sociologie...*, op. cit., pp. 53-56.

ción en la infancia y adolescencia, o en su reforzamiento en la edad adulta. Porque aunque las cosas estén cambiando muy rápidamente, en casos como el del fútbol, el deporte ha conseguido persistir hasta tiempos recientes como un reducto de masculinidad furiosa, y ello tanto entre los espectadores cuanto entre el público —todavía en los años noventa la mujer suponía el 3 por 100 de los practicantes en Gran Bretaña, y en torno al 10 por 100 del público en Francia e Italia—. El fútbol marca en todos estos países ritos de paso en el establecimiento de la masculinidad, como la ida al primer partido o el afianzamiento de su práctica habitual, estableciendo de este modo hitos de separación y diferencialidad de lo femenino. El deporte puede ser contemplado de este modo, como lo hace Hans Bonde, como un verdadero «laboratorio de masculinidad»²². La masculinidad deportiva, de este modo, acentuó el proceso histórico de segregación deportiva de la mujer, asumiendo con frecuencia una retórica militar y de combate con sus estrategias y tácticas precisas; mientras que deportes *femeninos* como la natación, la gimnasia o el patinaje se asentaban en valores bien distintos de belleza formal, gracia o armonía. Ambos estereotipos afirmarán su pujanza, como veremos, en la prensa y las publicaciones deportivas de la época.

El arraigo del fútbol español como fenómeno de masas. Fútbol y arquetipos de masculinidad

La transformación del fútbol en un fenómeno de masas comienza antes de 1914. El avance en la capacidad de consumo popular, la reducción de la jornada laboral y la aprobación de la Ley de Descanso Dominical (1904) desarrollan un nuevo sector de actividades de ocio y el despliegue de unas industrias culturales cada vez más modernas. Junto con el mutualismo, las sociedades *instructivo-recreativas* tendrán un papel cada vez mayor en la estructura asociativa; y en la oferta de estas últimas serán precisamente las actividades deportivas las que evolucionen más rápidamente hasta generar un fenómeno de asociacionismo deportivo nuevo y pujante. La verdadera *deportiviza-*

²² MIGNON, P.: *La passion du football*, París, Odile Jakob, 1998, pp. 57-61; DUNNING, E.: «Sociology of Sport...», *op. cit.*; GARCÍA FERRANDO, M.; PUIG BARATA, N., y LAGARDERA OTERO, F. (comps.): *Sociología...*, *op. cit.*, pp. 106-109.

ción de la sociedad, sin embargo, con la consiguiente popularización del deporte, sólo llegaría con la expansión del fútbol²³.

Efectivamente, poco antes de 1914 los barrios o ciudades principales comenzaban a aglutinarse en torno a los equipos locales, en quienes veían su símbolo comunitario —un proceso más nítido aún en los años veinte, tras el declive de las sociedades corales y los ateneos—; mientras los empresarios comenzaban a apoyar económicamente los clubes y se desesperaban los líderes sindicales o políticos ante aquella nueva competencia para los centros obreros o políticos. De ser una simple actividad física de equipo, el deporte se convirtió en un espectáculo de pago. En 1902 ya se cobraba entrada por asistir en Vizcaya al partido entre el Athletic y el Bilbao FC, y mediante los recursos de los socios o los ingresos de las localidades, los jugadores pudieron viajar a puntos distantes e incluso percibir una compensación por los días no trabajados; se activaba así un mercado nacional del fútbol, que abrió una competencia favorecedora de una mayor espectacularidad en el juego y una brillantez que atrae, a su vez, a más seguidores. Si en 1889 se creaba el Huelva Recreation Club, muy pronto proliferarán los clubes en las principales ciudades españolas —Bilbao (Athletic Club, 1898), Barcelona FC (1900), Real Madrid (1902), RCD La Coruña (1904), Sporting de Gijón (1905)...—. La Federación Española (1910) supuso un paso más en la consolidación institucionalizada del fútbol, y antes de llegar los años veinte, el fútbol era ya una realidad afianzada, en la que el proletariado reconocía entre los jugadores de más fama héroes de su propia procedencia social²⁴.

Pero con posterioridad a estas fechas, el fútbol afianzó aún más sus posiciones, transformándose en la estructura más dinámica de las industrias españolas del ocio. Distintos indicios sugieren esta importancia del fútbol en la época. En lugares como Asturias o las comar-

²³ LAGARDERA OTERO, F.: «Notas para una historia social del deporte en España», *Historia de la Educación*, 14-15 (1996), pp. 160-166. CUNNINGHAM, H.: «Leisure», en THOMPSON, F. M. L. (dir.): *The cambridge Social History of Britain, 1750-1950, II*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 291-292.

²⁴ Los acontecimientos esenciales en la institucionalización del fútbol en la fase de preguerra pueden seguirse con detalle en MARTÍNEZ CALATRAVA, V.: *Historia y estadística del fútbol español. 1º parte. De los inicios a la Olimpiada de Amberes (1920)*, Barcelona, Fundación Zerumuga, 2001; también URÍA, J.: *La España Liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2008, pp. 361-367.

cas barcelonesas, por ejemplo, los estudios realizados del fenómeno asociativo informan de la expansión de unas entidades instructivo recreativas donde el deporte se convierte en fenómeno significativo y en las que el fútbol, como cabría esperar, se vuelve una de sus manifestaciones más destacables. Se desarrolla además la prensa deportiva con cabeceras de cierta importancia en las principales ciudades españolas. Tras la aparición desde mediados del siglo XIX de periódicos de caza, hípica o velocipedismo, desde principios del XX, y singularmente desde los años de la Gran Guerra, la prensa deportiva gana en número de cabeceras, en captura de publicidad y en calidad de contenidos. Nacen periódicos como el bilbaíno *Excelsior* (desde 1924), y Madrid dispondrá pronto de títulos como *Gran Vida* (1903-1936), *España Deportiva* (desde 1912), *Heraldo Deportivo* (desde 1915), o *Madrid Sport* (desde 1916); a partir de 1926 la demanda de noticias futbolísticas, además, animará el nacimiento de la agencia especializada *Noti-Sport*. Barcelona, a su vez, contaba desde 1897, entre otros títulos, con *Los Deportes*, al que pronto se sumarían otros como *Stadium* (1912-1930), o desde 1906 *El Mundo Deportivo* (diario desde 1929), *La Jornada Deportiva* (aparecido en 1921; diario en 1923) o *Sports* (1923-1924). El crecimiento del mercado de noticias deportivas y el interés social por su desarrollo eran claros, a tenor de datos como éstos²⁵.

²⁵ Para las tendencias asociativas en la Asturias de los años veinte, véase URÍA, J.: *Asturias. Historia y Memoria Coral (1840-1936)*, Oviedo, Federación Coral Asturiana, 2001, pp. 73-77; para el caso catalán, SOLÁ, P.: *Història de l'associacionisme català contemporani: Barcelona i les comarques de la seva demarcació, 1874-1966*, Barcelona, Direcció General de Pret i d'Entitats Jurídiques, 1993, pp. 43-46 y 317-318. Sobre la prensa deportiva madrileña es útil el trabajo de ALTABELLA, J.: «Historia de la prensa deportiva madrileña», en ZABALZA, R.: *Orígenes del deporte madrileño. Condiciones sociales de la actividad deportiva, 1870-1936*, vol. 1, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987; y para la prensa catalana, BERASATEGUI, M.^a L.: «Datos para la historia de la prensa deportiva en Cataluña», *Revista General de Información y Documentación*, 1 (2000), pp. 153-169, y, sobre todo, PUJADAS, X., y SANTACANA, C.: *L'esport és notícia: història de la premsa esportiva a Catalunya (1880-1992)*, Barcelona, Col·legi de Periodistes de Catalunya, 1997. Las fuentes periodísticas utilizadas en este trabajo —*Madrid Sport* y *La Jornada Deportiva*— intentan examinar el pulso deportivo de dos de las ciudades con mayor desarrollo del periodismo deportivo español, Madrid y Barcelona. De Madrid se escoge un semanario cuyo éxito periodístico en los inicios de la década de 1920 le convierte en excelente muestrario de las nuevas actitudes ante el deporte frente a su directo competidor *España Deportiva*, que entra en declive en esos años para desaparecer en 1933. De Barcelona se escoge, a su vez, el único diario

Los avances en la mercantilización afectan también a la figura del deportista, cuyo estatus primitivo de *amateur* se modifica. En efecto, comienza a cobrar encubiertamente, camuflando esa práctica, por ejemplo, con el sueldo por el ejercicio de un trabajo al que apenas se acude. Samitier fichó así en 1919 por el Barcelona por unas 150 pesetas mensuales, que en 1923 ya eran 3.000; justo cuando el Athletic de Bilbao pagaba a Sesúmaga 180.000 pesetas anuales²⁶. En la década de 1920, en realidad, el modelo español profesionalizado activó un espectáculo de masas en el que el jugador y su cuerpo se habían mercantilizado plenamente; al tiempo que su capacitación profesional en el marco de un deporte de competición le transformaba en ídolo de masas y complejo símbolo social.

La arquitectura de los estadios, entre tanto, se está alzando en el espacio de las ciudades, dominándolo con sus estructuras no pocas veces. Frente a los emblemas urbanos del Antiguo Régimen —la catedral o el palacio—, o de la moderna burguesía ascendente —los bancos o los hoteles urbanos—, los estadios constituyen los equipamientos de mayor capacidad para albergar a las masas y destronan incluso a espacios emblemáticos en las industrias del ocio españolas, como las plazas de toros. La Monumental de Madrid (1929) tenía un aforo de unas 25.000 personas; pero en esos años se están disparando los aforos de los estadios. Muy pronto quedan atrás las cuatro filas de bancos y la tribuna que tenía el campo del Fútbol Club Barcelona en 1910; en 1921 el Estadi Catalá puede acoger a 25.000 personas; la capacidad del campo de Las Corts en 1922 y de Sarriá en 1923 añaden a aquellas cifras unos 30.000 espectadores más, y en conjunto se puede calcular que, por entonces, los estadios de Barcelona podían acoger, dependiendo de la convocatoria deportiva, entre 50.000 y 75.000 personas. El Estadio Metropolitano de Madrid, donde acabará jugando habitualmente sus encuentros el Atlético, podía albergar 20.000 espectadores en 1922, y aproximadamente por las

deportivo que se tiraba en idéntica fecha, toda vez que hay que esperar a 1929 para que *Mundo Deportivo* se haga diario. La inclusión en la muestra de *Excelsior* hubiese ampliado la perspectiva desde otro de los núcleos fundamentales del desarrollo futbolístico español, el bilbaíno; pero sobre todo habría añadido detalles sobre la perspectiva de la nación, la comunidad local o la etnicidad que se apartarían considerablemente de la línea expositiva de este artículo y que, obviamente, habrá que dejar para mejor ocasión.

²⁶ PUJADAS, X., y SANTACANA, C.: «La mercantilización...», *op. cit.*, pp. 152-160.

mismas fechas otros estadios como el del Turia en Valencia o el de Chamartín se movían entre 16.000 y 22.000 espectadores. La inauguración del Estadio del Montjuich en 1929 elevaría estas cifras hasta los 65.000²⁷.

Es la importancia objetiva del fútbol, por tanto, la que explica el relieve que adquiere como espacio simbólico donde dirimir cuestiones como las de la masculinidad. Y no hay duda alguna, en este sentido, de la identificación del fútbol a lo largo de estos años como un deporte viril. El lenguaje del periodismo deportivo de la época —socialmente significativo si se considera su creciente difusión— juega una y otra vez con ella. Se trata, como hace *Madrid Sport* en 1919, de exaltar frente a «la apatía y la desidia» de la Federación Regional Sur, asimiladas aquí claramente a la pasividad *femenina*, el vigor y el activismo de «los aficionados al viril deporte del balón»; o, en la misma línea, oponer a los melindres de algunos aficionados cuando, al inaugurarse el campo madrileño de Ciudad Lineal, expresen su incomodidad ante el esfuerzo de desplazarse bien lejos del centro urbano para asistir a un encuentro, el estoicismo sufrido, la dureza y el sacrificio que caracteriza el verdadero y *viril* aficionado; incapaz aquél, como se argumentaba en el mismo periódico, de alegar aquellas «disculpas tontas» dado que «el fútbol no es espectáculo para damiselas anémicas, y el aficionado va a todos sitios». El léxico podía incluso volverse más rotundo, como cuando en la visita de 1920 a Madrid del equipo suizo de Chaux de Fonds, que motivó encuentros deportivos con el Madrid y el Athletic, los cronistas se entusiasmaban con aquella muestra de «un fútbol científico, un fútbol macho, que entusiasma siempre, como sucede con todo lo bueno»; apelativo éste de fútbol *macho* que se repetiría en otras crónicas deportivas similares. La asociación entre el deporte y lo

²⁷ Las cifras se toman de *La Jornada Deportiva*, Barcelona, 6 (1921), 22 (1922) y 205 [suplemento] (1923); *Madrid Sport*, 287 (1922) y 297 (1922); PUJADAS, X., y SANTACANA, C.: *Proyecto: Deporte, espacio y sociedad en la formación urbana de Barcelona (1870-1992)*, Barcelona, 1997, pp. 62 y 65, y «La mercantilización...», *op. cit.*, p. 162; BAHAMONDE, A.: *El Real Madrid en la historia de España*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 53 y 64; MARTÍNEZ CALATRAVA, V.: *Historia y estadística del fútbol español. Segunda parte. De los juegos de Amberes a la Guerra Civil (1920-1939)*, vol. 1, Barcelona, Fundación Zerumuga, 2003, pp. 43 y 63-65. En todo caso, las cifras que proceden de todas estas fuentes son dispersas, discontinuas y no pocas veces contradictorias entre sí. Como apuntan Pujadas y Santacana, ello puede deberse a la dificultad de contabilizar el público que se estaciona en las gradas de pie, frente al que lo hace ocupando unos asientos, más fáciles en cuanto al cómputo.



Cartel de actividades deportivas de la Exposición de Barcelona en 1929.

Fuente: Jordi CARULLA y Arnau CARULLA, *El color del ocio. The color of Leisure. Spanish sports and entertainment from 1890 to 1940.*

viril, por otra parte, se mantendrá en una iconografía de la época que ligará sistemáticamente los cuerpos masculinos y musculados no sólo a los cuarteles y al mundo del trabajo, sino también, como es lógico, a la esfera del deporte²⁸.

En ciertos casos, incluso se provoca una amalgama entre la iconografía del trabajo y la del deporte, superponiendo por fusión visual los campos de significado tradicionalmente asociados a ambas actividades. Frente a la idea de un deporte que al principio de su recorrido histórico es contemplado como una actividad ociosa y ajena por completo a la idea honorable del trabajo y del salario, en carteles como el de la Casa Sibecas de artículos deportivos se propondrá así, en 1923, la imagen del esfuerzo de un trabajador que, armado de maza y cortafríos, aparece forjando el símbolo por antonomasia del fútbol: un balón de reglamento²⁹.

Pero la fuerza, tanto en sus plasmaciones léxicas como iconográficas, a pesar de ser uno de los atributos fundamentales de la virilidad, dista bastante de constituir el único de sus contenidos. En contraposición a la dulzura y la delicadeza femeninas, toda una constelación de atributos de la masculinidad refuerzan y amplían sus estándares. Lo que es más, tras la victoria de la selección española como subcampeones en la Olimpiada de Amberes, la épica agresiva de la dureza, el esfuerzo y el sacrificio masculinos adquiere nuevos vuelos y se rodea de más detalles y matices. La «furia española», con la que se tipificó el juego nacional en aquella ocasión, pasó a englobar desde entonces todo un conjunto de cualidades de aquellos jugadores de sangre caliente opuestos en casi todo a la frialdad anglosajona. Como explicaba la prensa deportiva:

«El juego del Real Madrid, digan lo que quieran los técnicos, es espléndidamente bello y emotivo.

²⁸ *Madrid Sport*, referencias sueltas en núms. 156 (1919), 371 (1923), 170 (1920) y 235 (1921). La iconografía del cuerpo musculado tiene una larga trayectoria de asociación a las representaciones del trabajo; datos sobre el asunto en DÍAZ GONZÁLEZ, M.^a del M.: *Las acciones y obligaciones del Archivo de Hunosa. Composiciones Formales y Estética del Trabajo (1833-1973)*, Oviedo, Grupo HUNOSA, 2007, pp. 223-239.

²⁹ Sobre la noción de «fusión visual», ENEL, F.: *El Cartel. Lenguaje/Funciones/Retórica*, Valencia, Fernando Torres, 1977, pp. 95-119. Las imágenes que aquí se manejan, por supuesto, no agotan una temática que es inmensa, y que tiene un material de referencia muy abundante en la década de 1920. Su comentario detallado, sin embargo, habrá de dejarse para mejor ocasión.



**Equipos completos de fútbol
a 45 pesetas
Zapatos negros a 16'50 pesetas**

Cartel de la Casa Sibecas. *La Jornada Deportiva*, 60 (1923).

Y como una manifestación de belleza y fuerza y habilidad, es realmente superior a esos equipos fríos y demasiado científicos que están elaborando el goal con un cuarto de hora de anticipación.

Quizá salgan perdiendo con ello las esencias futbolísticas, reservadas únicamente a los iniciados en estas lides.

Pero créannos de todo corazón que preferimos ver a Monjardín, pongamos por ejemplo, llevándose el balón con el empuje viril de su indomable valentía e introducirle en las mallas con el brío de su acometividad y su “furia española”, que ver un tanto, consecuencia de una serie de pases concienzudos y anodinos para después introducir “hábilmente” el pelotón en la red».

Frente a aquellos movimientos «fríos, estudiados» de los gélidos varones del norte se imponían, en consecuencia, las «arrancadas viriles, relampagueantes, alocadas a fuerza de ser improvisadas, pero magníficamente bellas», desplegadas en un estilo de juego hecho de «embestidas, brutales y bellas», ante las que sucumbía «la ciencia asombrada» víctima de la «arrebataadora belleza de la fuerza guiada por el corazón. Indudablemente, aquello era el genio latino, la bravura y la inspiración»³⁰.

Las características del varón cuajado, predecible en sus acciones y escasamente dado a la improvisación o a los arrebatos pasionales tenían también su lugar, no obstante, en los arquetipos varoniles. Ése era el registro al que se acomodaba, no pocas veces, el jugador de fama, estable en la calidad de su juego, que daba pocas sorpresas en el periodismo deportivo, y al que solía describirse en tonos poco exaltados; como en el caso del guardameta Zamora —un prodigio de «serenidad, vista y seguridad»— o Samitier —asombroso por «toda la ciencia, todo el arte y toda la técnica de su juego»—; incluso pueden destacarse estas cualidades en jugadores menos conocidos, como el delantero catalán Manuel Cros, al que se calificaba de «muy equilibrado» y carente de «inútil fogosidad» o «excesos de valentía». Pero en honor a la verdad, el tipo habitual de futbolista de cualidades se situaba en otro polo; era aquel capaz del sacrificio en aras de su equipo, dándolo todo por su club incluso cuando, como le sucedió al madrileño Monjardín en 1923, hubiese debido quedarse en la cama curándose una enfermedad, antes que salir al terreno de juego para enfrentarse con el Athletic de Bilbao. Un repaso a las cualidades de los jugadores del Athletic en el mismo año ayuda a precisar aún más

³⁰ SENÉN DE LA FUENTE, J.: «Del ambiente», *Madrid Sport*, 341 (1923).

el retrato. El equipo tenía futbolistas, a tenor de estas descripciones, con dotación física admirable considerando su altura o rapidez; pero sobre todo eran destacables por su carácter, entre cuyas notas sobresalían la agilidad, su temperamento seguro y su habilidad, o el ser incansables. De entre todos sus atributos destacaban, en todo caso, el ser fuertes y duros y, muy especialmente, valientes³¹.

Lo que de diferencial tenían todas estas características *masculinas* del futbolista quedaba mucho más en evidencia si se contrastaban con la hipótesis de una mujer deportista. A principios de los años de 1920 la prensa barcelonesa practicaba, en principio, un discurso bastante abierto en torno a la participación femenina en los deportes. Se criticaba una tutela secular ejercida por el hombre sobre la mujer, justificada en un atraso e inferioridad femeninas que no se discutían pero que, se argumentaba, era necesario disipar con una educación moral, física e intelectual que incorporase en sus objetivos al deporte. El artículo que servía estos razonamientos, sin embargo, recordaba los deberes maternos de las mujeres para el «robustecimiento de nuestra raza», y concluía con unas reflexiones sobre la idoneidad de algunos ejercicios deportivos, no todos, para el organismo femenino. La «marcha, la natación, el tennis, el hockey, el basket-ball y todos los que moderan la energía del trabajo con periodos de reposo» eran en este caso los indicados dado que, aclaraban, no se buscaba «convertir a la mujer en un marimacho» de «gruesos relieves musculares», ni con «la espalda nudosa del luchador»; por el contrario, debía buscarse «la gracia y el ritmo» para lograr «el dominio de sí misma, la serenidad, la energía y la decisión» que daba el deporte «cuando es debidamente ejecutado». La argumentación fue repetida otras veces desde plataformas como *La Jornada Deportiva*, añadiendo algunos detalles como los lamentos por la frivolidad femenina y el flirteo que acompañaba el ejercicio del tenis, o por ser la natación —el ejercicio «más apropiado» a sus condiciones— una práctica desconocida entre las mujeres españolas³².

³¹ «Las bodas de plata del Athletic», *La Jornada Deportiva*, Barcelona, 161 (1923); «La figura deportiva de la semana. José Samitier», *ibid.*, 205 [suplemento] (1923); «La figura deportiva de la semana. Manuel Cros», *ibid.*, 203 [especial] (1923); «Football. En Madrid», *Madrid Sport*, Madrid, 238 (1923), y JUANES, J. de: «El "Athletic Club", campeón», *ibid.*, 337 (1923).

³² TRABAL, J. A.: «La mujer y el Deporte», *La Jornada Deportiva*, 5 (1921); CASAS CASTAÑOS, E.: «Ellas y el deporte», *ibid.*, 6 (1921).

Desde Madrid, entre tanto, se coincidía en lo esencial con estos argumentos. Se reconoce, por ejemplo, que los tiempos cambian y que «las mujeres prestan, con tanta o mayor capacidad que los hombres, muchos servicios y empleos que anteriormente sólo éstos se creían con aptitudes para ejecutar». Pero a renglón seguido se advertía que «por encima de todo» estaba «la ley de la Naturaleza, y esta ley nos dice que el hombre es más fuerte que la mujer». En resumidas cuentas, la mujer, que llegaba más cansada de trabajar que el hombre al hogar, podía debido a ello transferir a su descendencia las consecuencias funestas de sus excesos, y sólo una educación física femenina correcta podía corregir en parte esta situación. Como se decía desde *Madrid Sport*:

«llega un momento, ¡ay! el más triste, que al cumplir con su sagrado deber de mujer, no da a la patria más que hijos como ellas, endebles, enfermizos. ¡De alguna parte provienen los 50.000 españoles víctimas de la tuberculosis!... pobres seres, destinados a morir sin haber vivido [...]. ¡Ah, si los gobiernos se ocupasen de dar al taller, a la escuela, a la fábrica y al cuartel una adecuada educación física! ¡Qué pronto desaparecerían todas estas miserias, más propias de una kábila del Riff, que de una nación civilizada!...

Indudablemente, unos ejercicios gimnásticos cotidianos, les darían fuerzas y alegría, porque no hay mayor dicha que una perfecta salud para poder soportar los trabajos a que ellas mismas se han condenado en su afán de redimirse del hombre»³³.

La coincidencia en ambos periódicos en lo fundamental no era una casualidad, sino que indicaba que compartían, como muchas otras publicaciones, un mismo razonamiento: la mujer no debía traicionar su naturaleza ni sus deberes maternos. Se trataba, como se decía desde Barcelona, de «educar y disciplinar el cuerpo de las mismas»; en ello radicaba el objetivo esencial de aquel empeño de superar su «formación mental, ñoña y anticuada, inútil para la vida moderna» evitando, eso sí, ejercicios «que no marchen [de acuerdo] a su temperamento». En 1923, por ejemplo, en una de las portadas de *Madrid Sport* aparecía una foto de grupo de ocho fornidas luchadoras de grecorromana; la información del interior dudaba, sin embargo, de que aquello fuese de verdad lucha —tan sólo era un «titulado» campeonato internacional de lucha femenina— y apenas se conside-

³³ MESTOAR: «La Mujer y el Deporte», *Madrid Sport*, 308 (1922).

raba como un modo como otro cualquiera de ganarse la vida, «pero sin intención de hacer deporte». La endeblez de aquel discurso sobre la participación de la mujer en los deportes, en realidad, guardaba relación con el estado del propio deporte femenino, débilmente implantado incluso en núcleos urbanos de cierta importancia como Madrid o Barcelona. En esta última ciudad, por ejemplo, entre 1914 y 1925 la gestión de la Mancomunidad, empeñada en una decidida catalanización del deporte, aceleró la difusión de una práctica deportiva que buscaba asumir en sus actividades a una nueva «mujer moderna», instruida y más integrada en las actividades laborales y ciudadanas; pero de todos modos el discurso oficial nunca dejó de estar subordinado, también aquí, al fortalecimiento de las futuras madres, y aunque el acceso femenino a deportes como el tenis, la esgrima o la natación fue un hecho a lo largo de aquellos años, la primera asociación deportiva femenina —el Club Femení d'Esports de Barcelona— no se fundó sino en 1928. En Madrid, entre tanto, donde desde finales del siglo XIX se contaba con una estimable tradición de deportes femeninos entre la aristocracia —en el caso de la hípica, el golf, el tenis o el cricket...—, se tardó bastante en difundir su práctica entre las clases medias. A partir de los años veinte, sin embargo, el estímulo de entidades como la Asociación para la Promoción del Deporte en la Mujer o de festivales benéficos o pruebas específicamente programadas como competiciones femeninas impulsaría la natación, la gimnasia o el atletismo³⁴.

El ejercicio del fútbol por la mujer abrió, además, otros problemas. No era que no se hubiesen formado equipos femeninos de fútbol, sino que tales empeños quedaron reducidos desde el principio a una mera anécdota. Hasta la actualidad, de hecho, el fútbol ha persistido como uno de los reductos más espesos y fieros de masculinidad, excluyendo contumazmente de su ejercicio a la mujer. Iniciados los años veinte, y en plena ascensión del fútbol, las cosas quedaban claras en la prensa deportiva catalana:

³⁴ «La educación física de la mujer», *La Jornada Deportiva*, 55 (1922); *Madrid Sport*, 369 (1923). Véanse también ZAMORA, E.: «Participació de la dona en l'esport i l'Olimpisme», disponible en http://olympicstudies.uab.es/pdf/wp076_cat.pdf, [último acceso el 10 de octubre de 2008], p. 10; NASH, M.: *Les dones fan esport*, Barcelona, Instituto Catalán de la Mujer, 1992; HERNÁNDEZ DÍAZ, M.ª R.: «Mujer y deporte en Madrid durante el primer tercio del siglo XX», en *Orígenes del deporte madrileño...*, *op. cit.*, pp. 128-129 y 138-139.

«Sinceramente, entendemos que los periodistas pertenecientes al Sindicato, han sufrido una equivocación lamentable, al traernos dos equipos de fútbol femenino, y celebrar dos partidos a beneficio de su cooperativa de casas baratas.

Está ya sobradamente discutido, que el fútbol no entra ni mucho menos, en la lista de los deportes que puede practicar la mujer; no puede colocarse al mismo nivel del Tennis, la Natación, el patinaje, etc. Porque es demasiado violento y porque se necesita para practicarse un vigor que la mujer no posee... ni poseerá jamás... probablemente

Considerando estos partidos como un espectáculo, no diremos tuvieron su importancia. Pero en cuanto a su valor deportivo, es éste completamente nulo»³⁵.

Un apunte final. Sexo, violencia y masculinidad en el fútbol nacional

Significativamente el escenario y la situación preferida para dar entrada a la mujer en el fútbol serían las gradas, y en el papel de meras espectadoras. Son abundantes, en efecto, las reseñas en las que se hace referencia a la presencia en las tribunas de mujeres. Desde que el fútbol había cercado sus campos para cobrar entrada, se había asentado la idea de mostrar «deferencia hacia el bello sexo» permitiéndoles el libre paso al estadio, de acuerdo con una ocurrencia «galante y bien orientada, por cuanto atrae el ornato femenino a nuestros campos creando afición y realzando el público desde todos los puntos de vista». La idea de unas mujeres expectantes ante el despliegue de la virilidad normativa que se daba en los campos se derramaba en varios registros. No fueron raros, en este sentido, los casos de semblanzas o entrevistas realizadas a futbolistas, donde aparecen imágenes de mujeres seducidas o capturadas de uno u otro modo por las cualidades del deportista. En el formato de una entrevista, en la que dos colegas que comparten género se hacen de modo cómplice confidencias, no faltan efectivamente casos como el del jugador madrileño Mejía. En la taberna donde le entrevistan aparecerán a la puerta «tres bonitas mujeres ataviadas con singular primor»; el jugador las cruza con la mirada y «una de ellas, tal vez admiradora de su juego, lo reconoce» y

³⁵ «El deporte ridiculizado», *La Jornada Deportiva*, 187 (1923).

«con desenfado muy chulón, se pone a cantar: Mamá,/ futbolista quiero ser,/ porque me ha dicho mi novio/ que estoy de chipé»; la ocurrencia la acogen ambos «llenos de regocijo», y dispuestos a concluir la entrevista a toda prisa preparándose, sin duda, para lo que pudiera venir. No fue éste un caso aislado. En el imaginario masculino de la hembra expectante y deslumbrada ante los encantos del varón pletórico en sus atributos, la situación, con las lógicas variantes, se repite. Acosado amigablemente por su biógrafo, a la búsqueda de detalles íntimos de su vida amorosa, el barcelonés Vicente Piera acabará confesándole una anécdota significativa de cuanto aquí se está esbozando. Al parecer, en el calor de una confrontación deportiva alguien de entre el público se acordó groseramente de la madre del entrevistado; «sin poderlo aguantar», Piera se acerca al vallado para pedir explicaciones, pero una «mujercita rubia, alta, elegante, lindísima» se vuelve hacia el espectador acusándolo de cobarde e incitándolo a que repita todo lo que acaba de decir al interfecto y después del partido. Lo que sigue del relato es un juego de requiebros entre la joven —con acento extranjero— y el futbolista, que concluye en una cita desgraciada con la bella, que no es otra que una corista que busca tan sólo su cartera para desconuelo de un deportista que no tiene —en ese terreno— nada que ofrecerle. La enseñanza, sin embargo, es diáfana: una mujer —lo que es más, a lo que parece una buscona con bastante experiencia en estas lides— ha tenido un arrebato de acalambramiento ante la hombría mancillada de un deportista; el público asistente al lance, entretanto, había dado razón a la rubia, callándose de inmediato el interpelante³⁶.

El juego del intercambio sexual —o su promesa— que parece animar todas estas situaciones daría no poco juego en los estilos provocadores e iconoclastas de las vanguardias. Sería Ernesto Giménez Caballero, precisamente, quien en *Hércules jugando a los dados*, construya una prosa exuberante que gravita en torno a los mitos del juego y del deporte y sus derivaciones en la modernidad, y que dedica uno

³⁶ «Una observación y un ruego», *Madrid Sport*, 228 (1921). QUEMADA, A. J.: «Reportajes balompédicos (De un crítico ingenuo e indiscreto). Mejía», *ibid.*, 414 (1924). CASTAÑO PRADO, A.: *Los ases del foot-ball. Vicente Piera. Su biografía. Su técnica. Sus opiniones. Anécdotas*, Barcelona, 1926; la obra es el núm. 6 de la Biblioteca Deportiva que ha sacado ya otros títulos, entre ellos los dedicados a jugadores como Samitier o Alcázar; la obra incluye el detalle bien visible en la portada de haber sido revisada por la censura previa.

de sus dos capítulos centrales al fútbol. Giménez Caballero identifica el auge futbolístico con la crisis del 98. Se trata de

«una reacción contra los viejos valores. Es la patada al huevo de Colón. América. Es la ironía trágica de un pueblo que ha jugado hasta entonces con la esfera pesada del mundo y ahora se divierte con una llena de aire. Es el puntapié a las bolas escurialenses y reaccionarias de la arquitectura herreriana. Es la invasión del “extranjerismo” en las costumbres nacionales».

Todo lo que de viejo tiene el país, encarnado en la fiesta de los toros, debe por tanto ser arrasado por lo nuevo, por un deporte contemplado como metáfora de una modernidad tan enérgica como necesaria. Cualquiera deporte puede actuar en esa dirección. Los que el autor denomina deportes *con máscara* y los motejados como *desnudos*; o en otras palabras, los deportes «mágicos», con máscara o artificio, y en donde los artefactos mecánicos que median en el automovilismo, la aviación o el motorismo muestran el valor totémico de la máquina, o los «apolíneos», en donde los espectadores acuden como «catadores plásticos», para «llenar los estadios: “amateurs” (y a veces amantes) de efebos, que acribillan las pistas con sus prismáticos [...] paladeando perfiles». Como en el boxeo, estos deportes apolíneos juegan con los cuerpos desnudos y con metáforas sexuales haciendo alarde, como en este último caso, de su «nueva Libertad [que] es viril e internacional. [con] Su brazo alzado, sin oblicuidad femínea». La sugerencia sexual vuelve a hacerse explícita, por lo demás, en el caso del rugby francés, visto como un «juego sensual, homérico, pagano, brutal, galante y alegre», de manera tal que el balón del rugby, se transmuta en otra cosa: «¡Pasarse de brazo en brazo el seno de la mujer codiciada por todos! ¡Dejar cocus a los demás! ¡Que bello y tradicional rugby francés!». Será así como pueda presentarse al futbolista español como un nuevo héroe que «se despoja de alamares y oropeles. Y medio desnudo, sin música ni naranjas, se dedica a acosar al toro y no a que el toro le acose a él»³⁷.

Pero las alusiones sexuales, pese a su rotundidad, no agotaban ni mucho menos el repertorio de elementos de diferencialidad masculina en el fútbol. En los textos de la época había un ingrediente que separaba radicalmente su práctica de las mujeres. Tal y como se ha

³⁷ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Hércules jugando a los dados*, Zaragoza, Libros del Innombrable, 2000 [1.ª ed. 1928], pp. 46, 30, 26 y 47.

entrevisto ya el fútbol, en efecto, era violento, y esta característica lo distanciaba definitivamente del género femenino volviéndolo inadecuado «a su temperamento».

El fútbol era visto a menudo como una simple *guerra*. Los propios militares habían tenido que ver, como es sabido, en la implantación de la gimnasia y las primeras prácticas deportivas, en tanto que formas racionales y científicas de preparación de los cuerpos para la defensa nacional. Esa perspectiva no se abandonó fácilmente. La prensa madrileña, acabada la Guerra Mundial, y en plena campaña de Marruecos, reivindicaba buenos equipos atléticos militares para, copiando las recientes directrices de Petain sobre el asunto, mantener a los hombres en buen estado moral y físico, sosteniendo entre las distintas unidades «una sana y noble emulación». En 1920, por ejemplo, la prensa deportiva de la ciudad subrayaba las virtudes castrenses del fútbol que, «desde luego», era «el deporte —por sus especiales características— que mejor armoniza con los ideales militares: perseverancia en el entrenamiento, sacrificio del individuo a la colectividad, disciplina, etc.». Pero a la vez se criticaba que en el ejército apenas se hubiese hecho uso de él, limitándose a la formación de un equipo en cada regimiento con los futbolistas más destacados del reemplazo para ofrecer una fachada digna, aunque ignorando su ejercicio y el de otras disciplinas atléticas por la tropa. La guerra, por lo demás, no sólo era un objetivo tangible y real para los reclutas, cuyo horizonte al fin y al cabo se encaminaba a las campañas de Marruecos, sino que constituía también un denso universo simbólico que salpicaba la práctica futbolística cotidiana. El léxico de las crónicas deportivas de estos años reconocía el hecho, cuajando sus artículos futbolísticos de una terminología inequívoca. En lo que muchas veces se denominan *combates* en vez de encuentros, y en los que los contendientes no ganan o pierden simplemente, sino que *vencen* a alguien que sale *derrotado*, es muy común encontrarse con un vocabulario que se recrea en los valores bélicos de una guerra de movimientos figurada, en la que las entusiásticas virtudes militares de quienes se batían —siempre subordinadas a una labor de equipo— parecen ser lo principal. Los contendientes, así, se mueven combatiendo «con fe ciega, derrochando energías y entusiasmos en unas dosis extraordinarias», hacen «tentativas encoraginadas» de «avances» sobre el enemigo «hábilmente apoyados» por sus formaciones intermedias; utilizan el factor sorpresa en «avances inesperados», se sitúan «a la defensiva»,

firman una «tregua» figurada en sus ardores combativos, o son titulares de un equipo «entusiasta y aguerrido» en la «lucha»³⁸.

En conclusión, y como había llegado a decir Clement Vautel en *Le Journal*, «el deporte es la guerra del tiempo de paz»; lo que volvía vital el «que nuestros campeones hagan buena figura en estas competiciones donde se opone a los pura sangre de cada raza». Lo que es más:

«Si debemos vivir cincuenta años sin guerra (y ya ven ustedes que soy optimista) el deporte satisfará él solo, plenamente, esa necesidad de vencer que se encuentra en el fondo del corazón de todos los pueblos. Las batallas del estadio adquirirán una importancia extremada; una carrera pedestre vendrá a ser lo que era una matanza de millones de hombres, es decir, el “criterium” de la fuerza, de la energía, de la resistencia, del valor»³⁹.

Se estaba avanzando por tanto, justamente, allí donde Norbert Elias situaba el núcleo explicativo de la fortuna contemporánea del deporte: en su transformación desde la violencia real de las relaciones sociales cotidianas hacia la violencia simbólica propia de una sociedad *civilizada*.

Esa transformación era, sin embargo, problemática y presentaba ciertos desajustes que desembocaban en incidentes de cierta gravedad. Las referencias al juego sucio de algunos deportistas, entonces como ahora, no faltan en las crónicas futbolísticas; del mismo modo, la pretensión de la prensa madrileña de que algunas áreas españolas tuviesen estilos deportivos especialmente dados al juego sucio —los bilbaínos o los catalanes— ha de ser tomada con cautelas. Pero a la vista de la prensa deportiva del periodo, hay que admitir que los incidentes violentos fueron frecuentes en el inicio de los años 1920, y sobre todo los que, sobrepasando el nivel de las zancadillas, los mamporros o las agresiones entre jugadores —hasta desembocar en verdaderas batallas campales—, acababan involucrando al público. Son bastantes, en realidad, las referencias a partidos que concluyen con la irrupción de los espectadores en los terrenos de juego en actitud aira-

³⁸ Las reflexiones sobre el fútbol y la milicia en «Insistiendo», *Madrid Sport*, 151 (1919), y «El fútbol militar», *ibid.*, 190 (1920). El vocabulario guerrero se extrae de dos únicas crónicas: la del partido entre el Europa y el Martinenc, en *La Jornada Deportiva*, Barcelona, 166 (1923), y la del Athletic de Bilbao y el Barcelona, *ibid.*, 193 (1923).

³⁹ «Bellas palabras», *Madrid Sport*, 150 (1919).

da y amenazante, frecuentemente en búsqueda del árbitro; o los casos de espectadores que, enardecidos, se suman a las trifulcas iniciadas ya por los jugadores; los partidos, en fin, empiezan a contar con números de la Guardia Civil en previsión de lo que venga. Ni siquiera los más reputados ídolos del fútbol se vieron ajenos a esta dinámica. Zamora, portero afamado e ídolo indiscutido de masas en estos años, se vería envuelto en incidentes como el que se registró en el encuentro entre el Español y el Júpiter, acabado a gritos y puñetazos, y disputándose los jugadores a tirones la posesión del trofeo⁴⁰.

A principios de la década, incluso, se había llegado a niveles de tensión verdaderamente destacables. El desarrollo del campeonato regional de la zona Centro, en el que participaban los cuatro equipos madrileños de entonces —el Madrid, el Athletic, la Gimnástica y el Racing— se jalonó con constantes polémicas, irregularidades, suspensiones del juego e invasiones del campo por los espectadores. En noviembre de 1920, en fin, se concluía un partido entre el Athletic, en su campo, y el Madrid con la multitud sumándose al altercado de jugadores y directivos futbolísticos. El resultado fue, al parecer, varios muertos y heridos; desórdenes que se extendieron a días ulteriores, con motivo de los entierros de los futbolistas⁴¹.

De la crispación se responsabilizaba, en ocasiones, a la falta de pericia o buen sentido de los árbitros, pero los propios aficionados experimentaban colectivamente de forma rotundamente violenta el simbolismo guerrero del fútbol. Pronto llegaron las campañas destinadas a estigmatizar a la forofada más agresiva; y la prensa definiría muy pronto al seguidor frenético como al «mayor enemigo que tiene

⁴⁰ Una tipificación del juego *sucio* de catalanes y de vascos, alternativamente, en *Madrid Sport*, 209 (1921) y 427 (1924). La tipología de la participación del público en los altercados futbolísticos se toma de *Madrid Sport*, 215 (1921), 209 (1921) y 199 (1921), y de *La Jornada Deportiva*, Barcelona, 191 (1923). Se podrían poner de todos modos, y como es obvio, muchos otros ejemplos.

⁴¹ A la tensión futbolística del año en la región centro, alude MARTÍNEZ CALATRAVA, V.: *Historia y estadística...*, *op. cit.*, p. 34. *Madrid Sport*, en su número 217 de 25 de noviembre de 1920, precisa que los muertos fueron 11 —de quienes cita los nombres en 10 casos— y 60 los heridos —entre ellos Monjardín—. Pero el acontecimiento resulta difícil de seguir en la prensa; los hechos sucedieron en domingo, y sólo pudieron recogerlos, al parecer, algunos diarios de la tarde. Cuando se reanudó el martes la edición periódica, ya se había instaurado la censura; según las informaciones del periódico se había proclamado la ley marcial en Madrid al proseguir las agresiones y tiros el lunes.

el sport» y como «el perro rabioso; el alacrán cebollero; el tigre y la víbora que todo lo envenena». El fútbol, sin embargo, seguiría bailando en la cuerda floja de una violencia al límite con frecuencia de su desbordamiento, y a punto de transformarse de guerra simbólica en tangible⁴².

Y es que aquella versión bélica y agresiva de las virtudes masculinas de la raza resultaba ser excepcionalmente coherente, según ya sabemos, con unas necesidades sociales insatisfechas en varios sentidos. Era el resultado de las frustraciones de una virilidad forzada a redefinirse a toda prisa, a la vez que el producto de una sociedad patriarcal humillada por los acontecimientos desfavorables que se habían abatido sobre algunas naciones desde principios de siglo. La necesidad de un nuevo hombre se había asumido como una necesidad urgente tanto en las naciones que, como Italia o Alemania, habían experimentado la derrota en la Gran Guerra, cuanto en una España que tras un fin de siglo traumático defendía la necesidad urgente de regenerar una raza percibida como decadente y caduca. A pocos años de iniciarse la Dictadura de Primo de Rivera, los partidarios más entusiastas del deporte creían tener claro que su lucha era también la de la regeneración de la patria. Cuando a principios de 1920 se aceleraron los preparativos para la olimpiada de Amberes, el periodismo deportivo saludaba gozoso su organización en términos que no albergaban equívocos:

«Por fin un grupo de *Hombres* (de los que hacen falta para levantar el espíritu de España) se han dado perfecta cuenta de la importancia que tienen las manifestaciones deportivas, y tomando por su cuenta (y con el aplauso de toda la masa atlética), han cogido las riendas olímpicas, y llamando aquí, y sacrificándose, han decidido que los colores patrios ondeen en el mástil destinado a izar nuestra bandera amarilla y roja.

Y por lo mismo que estos *Hombres* quieren hacer las cosas bien, y como tiempo media entre la preparación atlética general y la celebración de la Olimpiada de Amberes, modestamente y sin recelos, voy a permitirme hacerles una proposición, [...] los meses que nos restan hasta la Olimpiada se deben aprovechar»⁴³.

⁴² Las frases provienen del editorial de *Madrid Sport*, 265 (1921).

⁴³ El texto, con cursivas en el original, se toma de *Madrid Sport*, 174 (1920). Sobre las vinculaciones entre regeneracionismo y deporte, POLO DEL BARRIO, J.: «Regeneracionismo y deportes», en *Orígenes del deporte madrileño...*, op. cit.

Tras la favorable experiencia española de Amberes, y en pleno ataque de optimismo acerca de las cualidades nacionales, cualquier encuentro futbolístico internacional se preparaba como si se dirimiese en ello, una y otra vez, la prueba definitiva de la recuperación y la regeneración nacionales. Así que cuando en abril de 1922, por ejemplo, se preparó un encuentro Francia-España, la confrontación fue entendida inmediatamente como un episodio más de verificación de las virtudes seculares de los españoles. «Los gallardos y bravos leones hispanos», se vaticinaba,

«se lanzarán briosos a la pelea, atacados de la “furia española”, esa furia divina que hizo del rancio solar castellano un imperio prepotente y viril, donde no se ponía el sol... Y el inquieto, valiente, despierto y simbólico Chantecler, sucumbirá.

La lucha será épica..., viril..., fascinante...

Y los bravos leones hispanos, conquistarán una guirnalda más, y tornarán para ceñirla, amorosos, en las sienes venerables de la madre sacrosanta que nos dio el ser..., nuestra España adorada, reina y señora de nuestros corazones»⁴⁴.

Las cualidades del hombre nuevo, por tanto, tenían significados políticos y sociales transparentados una y otra vez en textos como éstos. La fascinación de la imagen saludable del deportista parecía desmentir con su esplendor todos los vicios reales o supuestos de una nación. El futbolista, antes que cualquier otro deportista, era al cabo la exhibición temperamental de una voluntad impetuosa e irrefrenable, al acecho de cualquier pretexto para que brotase vigorosa. Se trataba del deportista al que

«cualquier incidente que surge durante el encuentro y que le perjudique, comienza a alterarle. Esto, señores, es muy noble y muy deportivo. Entonces desarrolla un juego fogoso, arrollador, completamente viril. Él pretende alcanzar una pelota y entra decidido, con ese cuerpo, con esa musculatura, que es un orgullo de demostración de lo que en sí es el deporte, no un cuerpo como un palillo que el aire del balón lo tira, lo zarandea y da lugar a que el árbitro se le ablande el corazón y lo ampare»⁴⁵.

⁴⁴ «Ante el “match” Francia-España», *Madrid Sport*, 291 (1922).

⁴⁵ «El jugador de las pasiones», *Madrid Sport*, 240 (1923).

Así debía ser el cuerpo masculino de la nación; su depósito de virtudes y su esperanza de regeneración. Los años veinte y la Dictadura especialmente cultivaron esta imagen con insistencia; y en ello no fueron muy diferentes, tal y como ya se sabe, del resto de las naciones de su entorno europeo.

El reforzamiento de los ideales de la virilidad contemporánea, que era común a toda Europa, y que se afianzará especialmente desde los años veinte, mostraba en España, en consecuencia, un notable vigor que se acentuaba aquí, además, por confundirse con una ideología regeneracionista que se había consolidado desde la derrota antillana, alimentada por una literatura que se recreaba en nuestra decadencia morbosa como raza o nación. Por otra parte, finalmente, también se había esbozado en España la visibilidad de las mujeres, aunque su *amenaza* tuviese menos calado en un país donde la modernización social y económica era limitada y el peso del tradicionalismo católico aún poderoso. Incluso en escenarios socialmente limitados se había podido percibir, además, la mayor presencia de unos homosexuales denostados al igual que otras manifestaciones de *desperdicio* de las rectas energías sexuales. El fútbol, y lo que representaba en cuanto a una virilidad reforzada y exultante, había ascendido en un escenario marcado por acontecimientos como estos, además de por el indudable desarrollo de unas industrias del ocio que se explicaban en una sociedad que estaba accediendo a cada vez mayores niveles de consumo y de tiempo libre de trabajo. El *hombre nuevo* de los años veinte, y lo que representaba de energía arrolladora, sexualmente agresiva y violenta no pocas veces en lo social o incluso lo político, era a la vez la imagen inquietante de unos valores en ascenso en una sociedad patriarcal que se estaba reestructurando por efecto de la modernización social y económica. El ascenso del futbolista como fenómeno de masas, en este sentido, era el de un icono que representaba, difundía y reforzaba unos valores cada vez más presentes en el escenario social.